

EL RUIDO DE SANTAFE, 9 DE MARZO DE 1687, Y SUS POSIBLES CAUSAS

por

Armando Espinosa B.*

Espinosa, A.B.: El ruido de Santafé, el 9 de marzo de 1687, y sus posibles causas. Rev. Acad. Colomb., Cienc. **19** (73): 293-297, 1994. ISSN 0370-3908.

Resumen

Se plantea la hipótesis de una creciente del río San Cristóbal, al sur de Bogotá, como causa del aún inexplicado ruido que aterrorizó a los santafereños en la noche del 9 de marzo de 1687. Los datos conocidos hasta ahora, publicados por los padres jesuitas Juan Ribero y José Cassani a principios del siglo XVIII y por el cronista santafereño José María Caballero un siglo más tarde, concuerdan muy claramente con la hipótesis de la creciente y además eliminan otras posibles causas como un terremoto, una erupción volcánica, una tempestad o un deslizamiento.

Abstract

A flood of the San Cristobal river is proposed to explain the terrible and mysterious roar which terrified the town of Santafe de Bogota during the night of Sunday 9th March 1687. The available data, published by two jesuit historians: Father Juan Ribero in 1736 and Father Jose Cassani in 1741, and by a laic chronicler, Jose Maria Caballero at the beginning of the XIX century, is perfectly consistent with the flood hypothesis. Furthermore, it greatly disagrees with any other possible geological interpretation, such as an earthquake, a storm, a landslide or a volcanic eruption.

Introducción

El 9 de marzo de 1687 hacia las 10 de la noche la ciudad de Santafé de Bogotá se vio sorprendida por un ruido extraño, intenso y prolongado que nadie en su momento pudo explicar y que quedó registrado en la historia nacional dando origen a la muy colombiana expresión "más viejo que el tiempo del ruido", usada para referirse a algo demasiado antiguo y hasta cierto punto misterioso. Según los relatos de la época, el fenómeno duró algo menos de media hora, no estuvo acompañado de ningún sacudimiento del suelo, tuvo las características de un estruendo profundo y ensordecedor que parecía brotar de las profundidades de la tierra o transmitirse por los aires, y no produjo daños materiales. El pánico que causó en la población fue tan grande que las gentes

se precipitaron a las calles y corrieron a las iglesias en medio de impresionantes escenas de terror. Brusca e inexplicablemente el ruido cesó, y todo volvió a la normalidad, dejando a toda la ciudad consternada durante muchos años.

Es sorprendente que el ruido de Santafé haya quedado grabado en la memoria de los colombianos, quienes a lo largo de su historia no escaparon a grandes calamidades como terremotos, epidemias, inundaciones, y otras, hecho que solo se entiende por lo inexplicable del fenómeno. En efecto, después de más de tres siglos nadie ha podido ofrecer siquiera una hipótesis que dé alguna satisfacción a lo que los aterrados santafereños oyeron y sintieron aquella noche. El historiador contemporáneo Sergio Elías Ortiz (1966) admite por ejemplo que hasta el momento en que escribe no ha sido posible proponer una explicación satisfactoria sobre el origen del ruido.

* Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Ciencias Ingeominas A.A. 9724 Cali.

Los relatos conocidos sobre el ruido de Santafé son tres: el del padre jesuita Juan Ribero, el del también sacerdote jesuita José Cassani, y el del cronista santafereño José María Caballero. El Padre Ribero escribió su narración entre 1728 y 1736; en este último año fue publicada en su **Historia de las misiones de los Llanos de Casanare, y ríos Orinoco y Meta**. Aunque se cree que el Padre Ribero fue testigo presencial de los hechos, esto no pudo ser cierto ya que nació en 1681 y llegó a Santafé en 1704, pero sí pudo seguramente recoger muchos testimonios de habitantes de Santafé que vivieron aquella noche. El Padre Cassani publicó su obra en 1741. Vergara y Vergara (1867) anota que su libro, como el del Padre Gumilla, está basado en buena parte en el del Padre Ribero, y el capítulo sobre el ruido lo confirma claramente ya que la relación de los hechos es prácticamente la misma, siendo algunos párrafos casi textualmente iguales. No obstante el padre Cassani, naturalista y científico acertado, propone una explicación del ruido que resulta ser muy interesante para su época. Caballero por su parte escribió unos cien años después del Padre Ribero y casi ciento cincuenta años después de los hechos. Conoció el texto de Cassani, del cual tomó algunas frases, y también el de Ribero, y debió recoger la información que quedaba en la memoria santafereña transmitida por tradición oral. En realidad el interés de su relato tiene que ver con este último aspecto, ya que refleja fielmente el impacto que el fenómeno produjo en la sociedad santafereña, y los efectos que aún se sentían más de un siglo después. Posteriormente el ruido de Santafé fue señalado en muchas obras de historia, como la clásica **Historia de Colombia de Henao y Arrubla** (1910), la **Historia Extensa de Colombia** (Ortiz, 1966), e incluso la **Historia de los Terremotos en Colombia** del Padre Jesús Emilio Ramírez (1975). En todos los casos se toma como fuente alguno de los cronistas citados anteriormente.

Informaciones conocidas sobre el ruido de Santafé

Los tres mencionados relatos aportan una serie de interesantes informaciones sobre el fenómeno que nos ocupa, relacionadas con las circunstancias que rodearon el hecho, las descripciones de lo que se observó o se sintió, las reacciones de los santafereños, la actuación de las autoridades, las interpretaciones que se dieron en el momento o posteriormente y las lecciones que la ciudad sacó, algunas de las cuales se tradujeron en costumbres religiosas que perduraron largos años.

Las circunstancias que rodearon el inicio del fenómeno las da el Padre Ribero así:

"Habiendo estado así el principio del día, como también la tarde con serenidad y quietud se comenzó a oír generalmente en toda ella, y en muchas leguas de su contorno un tan estupendo y terrible ruido, que cuantos le oyeron, asombrados y atónitos no se recuerdan haber oído cosa igual, ni esperan oírlo sino es en otro caso semejante al que pasó entonces; duró este ruido el espacio de un cuarto de hora, y en este breve tiempo es indecible el gentío que ocupó las calles con la novedad; pues aunque había pocos en pie y despiertos en aquella hora, por estar muchos entregados al sueño, y los más recogidos

en sus casas, el sobresalto y la confusión ruidosa, despertando a unos y desacomodando a otros, los hacía dejar el sueño y recogimiento y salir despavoridos y asombrados, ya a medio vestir, ya desnudos, como permitía a cada uno la turbación, y daba prisa el deseo natural de huir de la muerte, cuyo temor a todos había ocupado".

Curiosamente, quedaron pocas informaciones sobre el fenómeno en sí, hecho en cierto modo explicable por la inmensa confusión de los espíritus en el momento. En lo que todos coinciden es en la formidable intensidad del ruido, del cual Caballero dice que era más recio que el estallido de un cañón, que era continuo, que el trueno más grande de un rayo sería nada en su comparación, y que duró cerca de media hora. El Padre Ribero habla de que el ruido "fue tan terrible y espantoso que podía haber sido un agregado y conjunto de cuantas materias formidables y espantosas puede haber en la esfera, y de ruidosas en el mundo". Dato interesante, aunque en toda la ciudad la intensidad del ruido fue aterradora, lo fue más en los barrios del sur, lo cual llevó a muchas personas a creer que se trataba de la invasión de la ciudad por un ejército proveniente de aquella dirección.

Uno de los aspectos más interesantes, y quizás el que más ha llamado la atención hasta ahora, es la reacción de los habitantes de Santafé al ser sorprendidos por un fenómeno de tanta magnitud. El Padre Ribero da una patética descripción de la desesperación de los santafereños:

"Pero aunque salían huyendo no sabían a donde iban, pues dejando sus casas donde a cada uno le parecía ser el ruido que escuchaban, en saliendo fuera de ellas le percibían mayor y hallaban mayor confusión; y así, faltos de consejo y como fuera de sí andaban las gentes por las calles y plazas a carrera, todos, sin distinción de sexos o estado, huyendo hacia diferentes partes, conforme les parecía poder librarse mejor del peligro que les amenazaba; unos corrían como locos hacia la eminencia de los cerros y montes vecinos, juzgando que el ruido se formaba en la llanura; al contrario, otros huían la vecindad y cercanía de los cerros, acogiéndose presurosos al llano, por parecerles que de la altura les provenía todo el daño. Los del barrio de las Nieves corrían a buscar refugio en lo principal de la ciudad, y los de la ciudad, huyendo de ella, se retiraban a las Nieves, y últimamente encontrándose unos con otros de huida, ninguno encontraba el refugio y consuelo que pretendía, pues donde juzgaban hallarle, advertían que la confusión de las gentes era mayor, la turbación de los ánimos más extraña, y el temor de todo viviente más crecido, y preguntando unos a otros por si sabían el origen del caso tan insólito y formidable, nadie daba razón, porque todos ignoraban la causa, y a ninguno dejaba lugar el miedo y sobresalto para poder responder.

No aumentaba poco la aflicción y desconsuelo grande que el caso traía consigo, el continuo y triste alarido que se escuchaba por las calles de niños y mujeres, que con la debilidad de la edad y del sexo, tienen menos ánimo para hacer rostro a los peligros, y se acogen más fácilmente a las lágrimas; a esto se juntaban los incesantes y formidables aullidos de los perros que, conjurados

todos cuantos había en la ciudad, parece que lloraban y sentían a su modo la calamidad y ruina de los hombres; todo lo cual, junto con los clamores lúgubres y piadosos de las campanas, que a una rompían entre los sonidos tristes del aire, componían una noche tremenda y horrosa de juicio. Y, a la verdad, si de esto puede haber remedo alguno en esta vida, que baste a darnos especies de lo que será aquel día último de los tiempos, uno fue, y muy al vivo, el de esta lamentable noche, según el temor, confusión, sobresalto, y otras circunstancias que concurrieron en ella. Y aún algunos llegaron a persuadirse por lo que oyeron y vieron, que si no el día último a lo menos las señales ciertas de acercarse habían ya llegado en nuestros tiempos, pues estaba tan revuelta la ciudad, tan sobresaltados los ánimos y tan sin consejo los hombres, que cualquiera prudente pudiera temer justamente en la ocasión, la general y última calamidad y miseria de los hombres”.

El Padre Cassani dice por su parte:

“... al primer golpe dudaron todos, al segundo temieron, al tercero se aterraron, y con la perseverancia salieron todos de sí y aun de sus casas, y aun de la ciudad. No es fácil referir la turbación y conmoción de aquella noche: sólo aquella prosopopeya con que nos representan los predicadores el día del juicio puede prestarnos alguna explicación de lo que físicamente sucedió la noche del espanto. La gente toda fuera de sus casas por el temor de que se viniera abajo: unos medio vestidos como estaban en sus posadas, otros enteramente desnudos porque estaban ya acostados, y todos gimiendo y clamando misericordia discurrían sin tino por las calles; nadie sabía donde iba porque nadie sabía donde estaba, todos clamaban al cielo porque veían que les faltaba la tierra. Fue preciso abrir las iglesias donde se refugiaba, como a sagrado, el temor, huyendo de la divina justicia”.

Muy interesante, y explicable en nuestra opinión, fue la actitud de las autoridades encabezadas por el Presidente Don Gil de Cabrera y Dávalos, quien reaccionó con criterio militar:

“El señor presidente salió a aquella hora de su palacio con las armas que con la prisa pudo encontrar más a mano, y fuera de los criados que le acompañaba, fue convocando algunos hombres de los que encontraba a bandadas, con cuya comitiva partió aceleradamente hacia San Agustín y barrio de Santa Bárbara, a reconocer y averiguar por aquella parte qué ruido fuese aquel tan extraño y que tanto había turbado la ciudad; porque la voz más válida que corría, era que hacia aquel barrio y vecindad se había notado mayor y más formidable, con lo cual discurrían muchos, y a voces lo decían, que era invasión sangrienta e intempestiva de enemigos, que al son de cajas de guerra marchaban disparando mosquetes, bombardas y piezas de artillería desde lo superior y eminente de los cerros, y que parecía tener ya ocupada la vega y llanura que confina con el barrio de Santa Bárbara, llamada Fucha.

Aunque este discurso parece sin fundamento, y fabricado más del temor y miedo que de la razón y prudencia, por estar tan retirada esta ciudad de puertos de

mar, pues dista de cualquiera de ellos más de doscientas leguas por lo menos, con todo esto el sonido militar de cajas destempladas que se oía sin cesar, y los tiros de artillería que se percibían a modo de una carga cerrada, hacía probable lo que se discurría y decía entre la confusión del gentío, de que el enemigo estaba en Fucha, y que en aquella noche había de invadir la ciudad” (**Ribero**, op. cit.).

En medio de tanto sobresalto, se tejieron conjeturas de toda clase para tratar de hallar el origen del ruido:

“Unos decían que por las calles rodaban muchas carrozas juntas, tiradas con gran violencia a un mismo tiempo; otros que se arrastraban maderas gruesas por lugares pedregosos; otros que parecía avenida impetuosa de algún río muy caudaloso, que salía de madre y se llevaba rodados grandísimos peñascos y árboles enteros; otros que los cerros que dominan la ciudad, desvolcanándose por varias partes y abiertos en horrendas bocas, escupían de sus entrañas montones de piedras, que, con ímpetu grande se atropellaban unas a otras, deshaciéndose hacia abajo; otros, que en el centro de la tierra se formaban truenos formidables, y que corrían carros muy grandes y de materia muy pesada por sus senos y concavidades, juzgando que se hundía sin remedio toda la ciudad con todos sus habitantes; últimamente decían otros, que en la región superior del aire parecía estar formado un numeroso escuadrón que marchaba al son de cajas de guerra, disparando sin cesar su artillería estruendosa; o que desquiciándose toda la máquina del firmamento y desbaratándose los ejes de su poderosa rueda (a manera de cuando se descompone una de reloj), se formaba tan estupendo ruido con el desconcierto de la esfera celeste. A tanto como esto subió con el temor, miedo y confusión de esta noche el discurso de los hombres” (**Ribero**, op. cit.).

Pero más curiosa, y también explicable en su momento, fue la interpretación que dio más tarde el propio Padre **Ribero**, magnífico escritor además, para quien todo el fenómeno fue causado por un ejército de demonios que atravesó por el aire la ciudad.

El Padre **Ribero** da como argumentos el fuerte olor a azufre que varias personas sintieron, entre ellas el mismo Presidente Gil de Cabrera, y el testimonio del Dean de la ciudad quien al asomarse a la ventana para tratar de ver qué ocurría escuchó en el aire palabras “tan deshonestamente torpes y tan torpemente provocativas al mal, que según el mismo señor Dean refería, se persuadió que sólo el demonio podía formar semejantes palabras”. Y añade el Padre **Ribero** que “en las ocasiones en que ha sido necesario hacer mención del caso, al llegar a esta circunstancia de lo que oyó, le hacía enmudecer su modestia, y sólo significaba con callar, y con el rubor que le sonroseaba el rostro, sin atreverse a pronunciarlas jamás”. El Padre Cassani se muestra más crítico y sin rechazar totalmente la acción del “enemigo común de la humanidad” interpreta el ruido como un fenómeno natural, y lo relaciona con los graves terremotos ocurridos en la misma época en el virreinato del Perú. **Espinosa** (en preparación) analiza las interesantes tesis de **Cassani** sobre el origen del evento y estudia éste desde el punto de vista sismológico.

El ruido del 9 de marzo dejó profundas huellas en los habitantes de Santafé, a quienes según palabras de **Caballero**: el ruido duró en los oídos por mucho tiempo, y el temor y el pánico que concibieron fue tal que a cualquier ruidito que oyesen se levantaban dando tantos gritos y alaridos que ponían en consternación todo un barrio o parroquia". El Padre Ribero cuenta que en los días inmediatos: "se vio incesantemente una extraordinaria frecuencia de sacramentos con indecible fruto de las almas, porque se hicieron fuera de las dichas, muchísimas buenas obras, revalidáronse confesiones mal hechas de mucho tiempo; manifestáronse pecados gravísimos que hasta entonces se habían tenido solapados; restituyéronse haciendas usurpadas, resarciéronse honras maculadas, enemistades envejecidas; se acabaron y deshicieron amistades torpes de muchos años; repartióronse muchas limosnas; hicieronse gravísimas penitencias y mortificaciones; entabláronse muchas devociones santas y virtuosas, todo a fin de aplacar por estos medios al Señor que tan enfadado se mostraba".

Y en la época en que el Padre Ribero publica su relato, casi cincuenta años después de los hechos, todavía existe la costumbre, no sólo en Santafé sino también en Tunja, de descubrir en las iglesias el Santísimo Sacramento cada 9 de marzo hasta la hora en que ocurrió el ruido. En el sermón se hace alusión al caso, y los feligreses comulgan en acción de gracias por haberse salvado de tan terrible suceso.

El ruido de Santafé a la luz de la geología moderna

En medio de la aparente confusión que existe alrededor del fenómeno que nos ocupa, la geología puede ser una herramienta definitiva para determinar su origen. Si se acepta que este está asociado a un fenómeno natural, todos los datos disponibles no solamente concuerdan con la hipótesis de que la causa fue la creciente de un río, sino que eliminan otras posibilidades como un terremoto, una tempestad, una erupción volcánica o un deslizamiento.

Los argumentos en favor de la creciente son bastante claros; se basan en el tipo de ruido descrito por los testigos, su duración y su localización. A la luz de la hipótesis de la creciente se entiende muy bien el desconcierto de los santafereños ya que esta no produce un ruido simple sino una mezcla de ruidos variados causados por el agua de diversas maneras, por el material arrastrado en el fondo del lecho, por grandes bloques que van dando saltos y produciendo impactos, por troncos de árbol de tamaños diversos que van chocando entre sí y contra las orillas del río, y en algunos casos por un efecto de onda de choque. Con razón a los aterrados habitantes de Santafé el ruido les recuerda el de un ejército o el de una batalla, con repique de tambores y disparos de artillería de varios tamaños en medio de un sordo e intenso ruido generalizado. El ruido de una gran creciente puede oírse cuando no hay ruidos parásitos, como era el caso en Santafé, a muchos kilómetros de distancia. Ríos de tamaño intermedio, como el Juananbú o el Coello, en zona de pendiente mediana se alcanzan a oír en situación normal y sin ruidos aleatorios a casi diez kilómetros de distancia. La duración del ruido de Santafé, cerca de

media hora, se ajusta muy bien a la de las crecientes, especialmente aquellas causadas por represamiento, en las cuales una gran cantidad de agua acumulada es liberada bruscamente. La localización del ruido también es bastante típica, y en Santafé todos los testimonios coinciden en situarlo al sur de la ciudad. El supuesto olor a azufre, sentido por varios testigos pero aparentemente muy exagerado, no sería otro que el del lodo transportado por el río, el cual puede durar varios días.

A los habitantes de Santafé no escapó la idea de que la creciente de un río fuera causa del ruido; de hecho el Padre **Ribero** la menciona como una de las numerosas conjeturas que se hicieron aquella noche. Sin embargo, en medio de su desconcierto no lograron precisar ninguna de sus hipótesis, entre las cuales estaba también la del ejército invasor, la de gigantescos deslizamientos en las montañas cercanas, la de ruidos subterráneos de origen diverso y la de fenómenos atmosféricos.

Se debe desechar, por razones muy contundentes, la eventualidad de un terremoto o de una tempestad. Los datos conocidos están en total contradicción con ambas posibilidades: no hubo movimiento alguno del suelo, ni daños, ni se observó ningún fenómeno en la atmósfera. Quedan entonces los casos del deslizamiento y de erupción volcánica, los cuales también hay que descartar por razones casi tan poderosas como las anteriores. Un deslizamiento no puede durar media hora, ni producir un ruido tan importante ni de este tipo, y además deja huellas muy claras en el sitio donde se produce. En cuanto a una erupción, hay que recordar que los volcanes cercanos están a unos ciento cincuenta kilómetros y que aún en la eventualidad, prácticamente imposible, de que por causas atmosféricas una erupción sólo se hubiera escuchado en Santafé (en cuyo caso el ruido hubiera venido del oeste, no del sur) una erupción de esas características también hubiera dejado huellas.

En esta etapa de nuestro análisis, la hipótesis de la creciente plantea dos interrogantes:

Cuál fue el río o quebrada causante del fenómeno, y por qué nadie lo vio y en los días siguientes no hubo informaciones sobre él. El río que reúne las condiciones de localización (al sur de la ciudad), de distancia, y tamaño de la cuenca para producir una creciente con las características descritas por las crónicas, es el río San Cristóbal, llamado Fucha en su parte más baja. Los barrios más cercanos al sur eran Santa Bárbara y San Agustín, y distaban aproximadamente 1 kilómetro y medio del río. Este dreña una cuenca bastante grande, capaz de producir una creciente de grandes dimensiones. Al desembocar en la sabana lleva una pendiente aún fuerte, lo cual explicaría la fuerza de la creciente de 1687 y como consecuencia la violencia del ruido sentido en Santafé. Un dato muy interesante es que quienes creyeron en la idea del ejército invasor aseguraban que éste se había instalado en la llanura de Fucha (**Ribero**, op. cit.). La figura 1 muestra el plano de Santafé en el siglo XVIII y la ubicación del río San Cristóbal, o Fucha.

Que la población santafereña no haya detectado la creciente en el momento de su ocurrencia se explica por

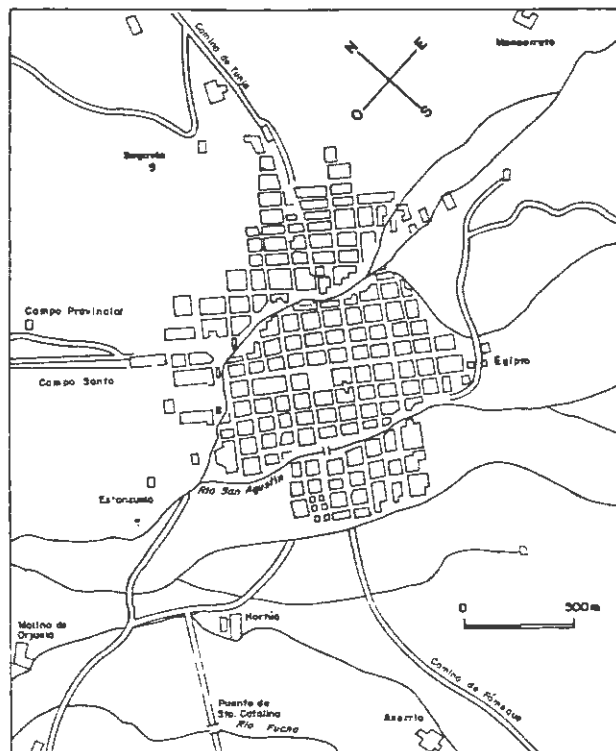


Figura 1. Plano de Santafé en el siglo XVIII. Tomado del Instituto Geográfico Agustín Codazzi (1992).

estar la región cercana al río totalmente despoblada (fue zona pantanosa hasta principio del siglo XX), y también por el hecho de que muy pocos o quizás ninguno de los santafereños había tenido la ocasión de ver u oír una creciente de ese tipo. La recurrencia de un fenómeno similar en un río como el San Cristóbal debe ser mayor a un siglo y los ríos que atraviesan Santafé, como el San Francisco y el San Agustín, no tienen la capacidad para producirlo. Sin embargo, las huellas del fenómeno sí debieron ser observadas en los días que siguieron. Es apenas lógico que ante la creencia generalizada de que un ejército se acercaba a la ciudad por el sur, al día siguiente las autoridades enviaran tropas a inspeccionar la zona. Además, el camino a Ubaque salía por el valle del río San Cristóbal, y naturalmente en esos días debió ser transitado por viajeros. Ahora bien, una gran creciente deja dos tipos de huellas: el material arrastrado por el río que queda en forma de un depósito de bloques, arena y arcilla, y las marcas señaladas por el nivel máximo alcanzado por el agua en el valle, las cuales en los casos de grandes crecientes pueden ir acompañadas de destrucción total de la vegetación. Si la creciente ocurrió, am-

bos tipos de huellas debieron ser detectados y señalados a las autoridades, y éstas tuvieron que haber producido algún tipo de informe sobre el asunto.

La confirmación definitiva de la hipótesis de la creciente puede hacerse de dos maneras: identificando y datando el depósito dejado por la creciente (método geológico) o encontrando documentos probatorios (método histórico). El primer caso es improbable, ya que la zona donde se podría encontrar el depósito (de la actual carrera décima hacia abajo) está habitada hace más de un siglo y ha sufrido toda clase de intervenciones, canalización del río y extracción de materiales entre otras. Sin embargo un estudio geológico podría arrojar resultados interesantes. El segundo es más plausible. Quizás algún día un investigador encuentre, en alguno de nuestros archivos históricos o en alguna otra fuente escrita, un informe o un testimonio que confirme definitivamente la creciente del San Cristóbal. Entre tanto seguiremos tomando la idea como una hipótesis aunque, a decir verdad, los conocimientos geológicos actuales no nos dan otra alternativa para explicar los relatos sobre el ruido del 9 de marzo de 1687.

Bibliografía

- Caballero, J.M. 1902. *Días de la Independencia. La Patria Boba*. Bibl. Hist. Nal., vol I, Imprenta Nacional, 476 p., Bogotá.
- Cassani, J. 1741. *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo reino de Granada*. Madrid.
- Espinosa, A. En preparación. *Contribuciones al Catálogo Colombiano de Sismicidad Histórica. III Un falso terremoto: el ruido de Santafé el 9 de marzo de 1687*.
- Henaó, J.M. & G. Arrubla. 1910. *Historia de Colombia*. Acad. Col. Hist., Complemento Hist. Extensa Col., vol XI, tomo 1 542 p., tomo 2 421 p., 1984. Bogotá.
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 1992. *Atlas de Colombia*. Cuarta Edición, 321 p., Bogotá.
- Ortiz, S.F. 1966. *Nuevo Reino de Granada. Real Audiencia y Presidentes. Presidentes de Capa y Espada (1654-1719)*. Hist. Extensa Col., vol. III, tomo 3, 423 p., Acad. Col. Hist., Bogotá.
- Ramírez, J.F. 1975. *Historia de los Terremotos en Colombia*. Seg. Ed., Inst. Geogr. A. Codazzi, 250 p., Bogotá.
- Ribero, J. 1736. *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los Ríos Orinoco y Meta*. Imprenta de M. Silvestre y Cía., Bogotá, 1883. Reeditado por Bibl. Presidencia Col., vol. XXIII, Bogotá, 558 p., 1956.
- Vergara y Vergara, J.M. 1867. *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, tomo I. Bibl. Bco. Popular, No. 63, 272 p., 1974. Bogotá.